

Descubriendo a Fidel Castro, *Natividad González Freire, Prólogo de Guillermo Cabrera Infante, Editorial Pliegos, Madrid, 2002, 363 pp.*

En 1988, cuando la autora logró salir de Cuba junto a sus hijos, Laura y César, su yerno Luis Cedeño y su nieto Alejandro, pudo poner un punto final a la peripecia que motiva este libro. El suyo es un memorial que, en grueso, bien puede considerarse kafkiano, extremando el efecto reglamentario en tal fórmula: la alienación de los protagonistas, el paroxismo burocrático sin el cual perderían sustento los represores y el embate provocador de quienes prefieren la libertad dentro de un sistema que, por este orden, descoyunta la iniciativa individual, puebla el camino de obstáculos y malogra las aspiraciones cuando falta bien poco para verlas colmadas.

La incertidumbre y la desubicación operan como mediadores del juego. Luego, una vez descrito el escenario en términos tan familiares, González Freire emprende una exploración cuyo primer tramo coincide con el momento en que su esposo, César Leante, pide y consigue refugio en la España de 1981. Otro desterrado ilustre, Cabrera Infante, describe el desarraigo de Leante en comparación con el de muchos otros exiliados de la isla: «tuvo ribetes melodramáticos y la esperada venganza. Sólo que el

régimen se cebó, como siempre, en los que quedaron detrás como si fueran los remanentes culpables de la huida». Es justamente este desquite lo que la autora quiere acentuar en sus páginas, y así, con justificable obstinación, la represalia del entramado castrista repercute en el texto a través de un sombrío despliegue.

Concebible como pesadilla, este esfuerzo en el castigo corresponde a la contextura de lo real y añade iniquidades al reservorio castrista. Pero aparte de la denuncia implacada, el recuerdo que enhebra la autora perturba aún más cuando consigna los detalles menores de su infructuoso afán. Por ejemplo, la solicitud de salida en la Dirección General de Inmigración engloba un segundo movimiento, que es una carta del Comité de Defensa de la Revolución. Según lo concibe la dictadura, éste es un documento capaz de cambiar la realidad del solicitante en todas sus dimensiones, pues remitiéndolo a un campo sectario, anuncia toda suerte de actos de repudio, el más obvio de los cuales consiste en negar el saludo a la víctima. En lo sucesivo, los daños se infligen con creciente rigor y la escritura se acomoda al dolor, pues también éste conforma la trama.

La desdicha de otras familias separadas, la densidad rebelde que aún refleja parte de los cubanos, la huida como recurso fundamental de futuro y las variadas formas de

coacción que diseña un partido de jerarquía soviética son los diversos elementos que pone en círculo González Freire. Ya en un cauce de esperanza y frente a la turbiedad de Fidel, el Ministerio de Asuntos Exteriores de España, el Parlamento Europeo y la Comisión de Derechos Humanos de la ONU son propuestos como artífices principales de una liberación que tuvo muchos otros adalides. Con todo, el prologuista remite a los protocolos de Kafka y de Dante como clave interpretativa de esta ordalía: «Del infierno conocemos todos los círculos —concluye—, pero no del viaje para salir de ellos: este libro es una guía para condenados».

Narrar después, Tununa Mercado, Beatriz Viterbo Editora, Rosario, 2003, 250 pp.

La memoria martillea sin cesar a lo largo de esta colectánea que es *Narrar después*, daguerrotipo de la autora frente a un celaje político y literario que, si bien figura al fondo del retrato, sirve para alimentar esa variedad de presencias fantasmales que permiten recuperar un pasado. Pese a la diversa procedencia de los escritos acá ordenados, la narradora y ensayista argentina logra conformar un ámbito donde cabe valorar la corpulencia de su estilo y la suti-

leza de su engranaje conceptual. Puede abundarse en la variedad de la muestra, pero lo cierto es que, llegando a eso que podríamos llamar el vértice de la euforia creativa, Tununa Mercado hace una confesión que resume el estado general de conciencia perceptible en este volumen; y es que la exploración de la propia escritura implica un cierto grado de impudicia.

En esta preferencia por el recitativo, ella misma se autoexplaya y sitúa las maniobras del escritor como factor de atracción. He aquí, pues, el desciframiento esencial: resignificar al propio autor en el trance cognoscitivo que desplaza su acento desde el querer decir hacia el decir por escrito. Claro que en este ensamblaje, la analista halla una veta que Saúl Yurkievich describió con exactitud: la forma narrativa es la matriz modeladora y la estructura de acogida de la materia histórica.

En términos muy generales, para obtener eso que llamamos literatura, Mercado tiene al alcance de la mano una receta cuyos ingredientes exhibe fugazmente en distintas zonas del discurso, lo cual le permite levantar alguna que otra perplejidad en ese lector que se identifique con ella. Al cabo, las unidades temáticas que integran el libro pueden valorarse como lecturas posibles en este campo, pero no hay en dicho dominio leyes eminentes ni reglas de inferencia sino instancias persuasivas —la oportuna anota-

ción marginal, los contrastes, la fuga en torno al vacío— en beneficio de la evolución discontinua, siempre en forma de *collage*. A pesar de este comercio fragmentario, su labor crítica, vista con perspectiva barthesiana, prueba la coherencia de los sistemas simbólicos sometidos a estudio, el de Borges entre ellos. Es más, al describir esa errancia impregnada de lecturas y recuerdos deshilvanados, la escritora busca el sitio esclarecido por las imágenes y las sensaciones, para finalmente descubrir la genuina magnitud del ejercicio: poroso, abundante y con todo, selectivo, pues desdeña cuanto prefiere no plasmar. En este efecto de la medida, el vértigo se domina por medio de la fijeza. No obstante, Cocteau adivinó que todos llevamos en nosotros algo enrollado, como esas flores japonesas que se despliegan en el agua.

Para Mercado, dicha dilatación abarca experiencias (creativas) que al fin arraigan en la lengua, como el embarazo o la búsqueda de una nueva identidad en el destierro.

Desencadenadas así las fuerzas imaginarias, éstas recorren una diagonal tentativamente mitificadora, y en ese ir y venir, adquiere interés una determinada posición de escucha, que la autora decide extraer del tiempo de la historia para escenificarla después de una catástrofe, o por mejor decir, tras una nueva cos-

mogonía, origen de un mundo imperioso, turbulento, en el que hubiera que inaugurar, nombrar y articular la confusión.

Flores de un solo día, Anna-Kazumi Stahl, Seix Barral, Barcelona, 2003, 442 pp.

Aunque la genealogía de Stahl da entrada a rasgos de Japón, Estados Unidos y Alemania, en su vida social cobran fuerza dos ciudades: Nueva Orleans, escenario de su crianza infantil, y Buenos Aires, donde vive y escribe desde 1995. De forma consciente, la esencial preocupación de la novelista al refundir esa catolicidad consiste en simbolizar la búsqueda de sentido en un universo que necesita traducción. A partir de esa clave, la entrega que comentamos pertrecha la identidad de su protagonista, Aimée Levrier, con la más ideal de las atenciones: una biografía parcialmente confusa, que invita a atisbar sus zonas de sombra. Lo dijo Auden: el atisbar es un acto poco amistoso, porque supone la sustracción de un conocimiento. Por eso, no logramos atisbar sin sentir culpabilidad y, a modo de compensación, exigimos que lo atisbado sea sorprendente. De forma que la cuestión que importa al lector es saber cuánto hay de sorpresa en el pasado